DESDE **8** AÑOS

La familia Guácatela

Mauricio Paredes

Ilustraciones de Romina Carvajal

¿Has comido salchichas con puré? Sí, por supuesto. Pero la receta de Toxina Guácatela es muy especial:¡salchichas de basura con puré de orejas! Toxi prepara ‹deliciosos› platos para su adorado marido, Roñoso Guácatela. Los dos se aman y son igual de cochinos. Roño nunca se ha echado desodorante, ni ha cambiado sus calcetines, ni menos se ha lavado el pelo; de hecho, una feroz mascota vive en su melena. Sus vecinos ya no soportan la hediondez, pero nadie puede expulsarlos, porque sus salchichas guardianas los protegen. Todo marcha a la perfección para este feliz matrimonio, hasta que reciben un misterioso e-mail...

www.habiaotravez.com

ALFAGUARA
INFANTIL

La familia Guácatela Mauricio Paredes ALFAGUARA

ALFAGUARA INFANTIL

La familia Guácatela

Mauricio Paredes

Ilustraciones de Romina Carvajal



Aquí vienen Toxi y Roño

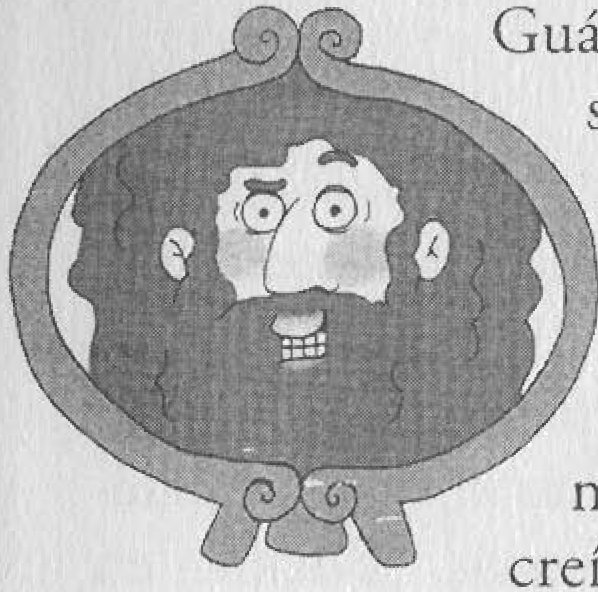
¡Sí, aquí llega la familia Guácatela! ¡Fanfarria, emoción, que comience la diversión!

Los Guácatela son un feliz e insano matrimonio y quizás te puedan parecer un poco asquerosos. Bueno, en realidad lo son, pero al conocer su historia descubrirás que la verdad no es solamente aquello que se puede ver... u oler.

Ella es doña Toxina de la Ponzoña Icorosa, señora de Guácatela. Viene de una rancia y flemática familia. Es un poco pretenciosa. Se arregla a su gusto. El problema es que «su gusto» es el peor que te puedas imaginar. Piensa en las tres comidas más malas que hayas probado.



Ahora mézclalas en un solo plato. Eso te dará una idea de lo que significa «su gusto».



Él es Sórdido Roñoso Guácatela. Prefiere usar su segundo nombre, Roñoso; «Roño» para los amigos. ¿Por qué? Porque cuando decía que se llamaba Sórdido, la gente creía que tenía algún problema para escuchar y comenzaba a gritarle, y él siempre ha tenido buen oído, a pesar de que nunca en su vida se ha lavado las orejas.

Un buen día, los Guácatela iban caminando por la avenida Reino de las Moneras, en donde se acababa de construir un moderno condominio, llamado Lo Barato, que quedaba ubicado en los faldeos de la cuesta Caro. Recién se había vendido la primera casa. Esta fue comprada por la preciosa familia Cardinal, con la intención de escapar del ruido

y de la contaminación de la ciudad. Pobres, no sabían lo que les esperaba.

Los Guácatela, en vez de pagar por una vivienda, decidieron instalarse sin permiso en la casa piloto, que es la que el dueño del condominio, don Destala Plata, exhibía como muestra. Por eso ya tenía todos los muebles necesarios: camas, sillones, una mesa, un refrigerador y hasta un televisor con muchas pulgadas.

Por suerte, la casa era de dos pisos, porque al poco tiempo, los Guácatela llenaron de basura la planta baja, y entrar o salir por la puerta pasó a ser imposible. Ingeniosamente, pusieron una escala por fuera que llegaba a la ventana de su dormitorio, y así solucionaron el inconveniente.

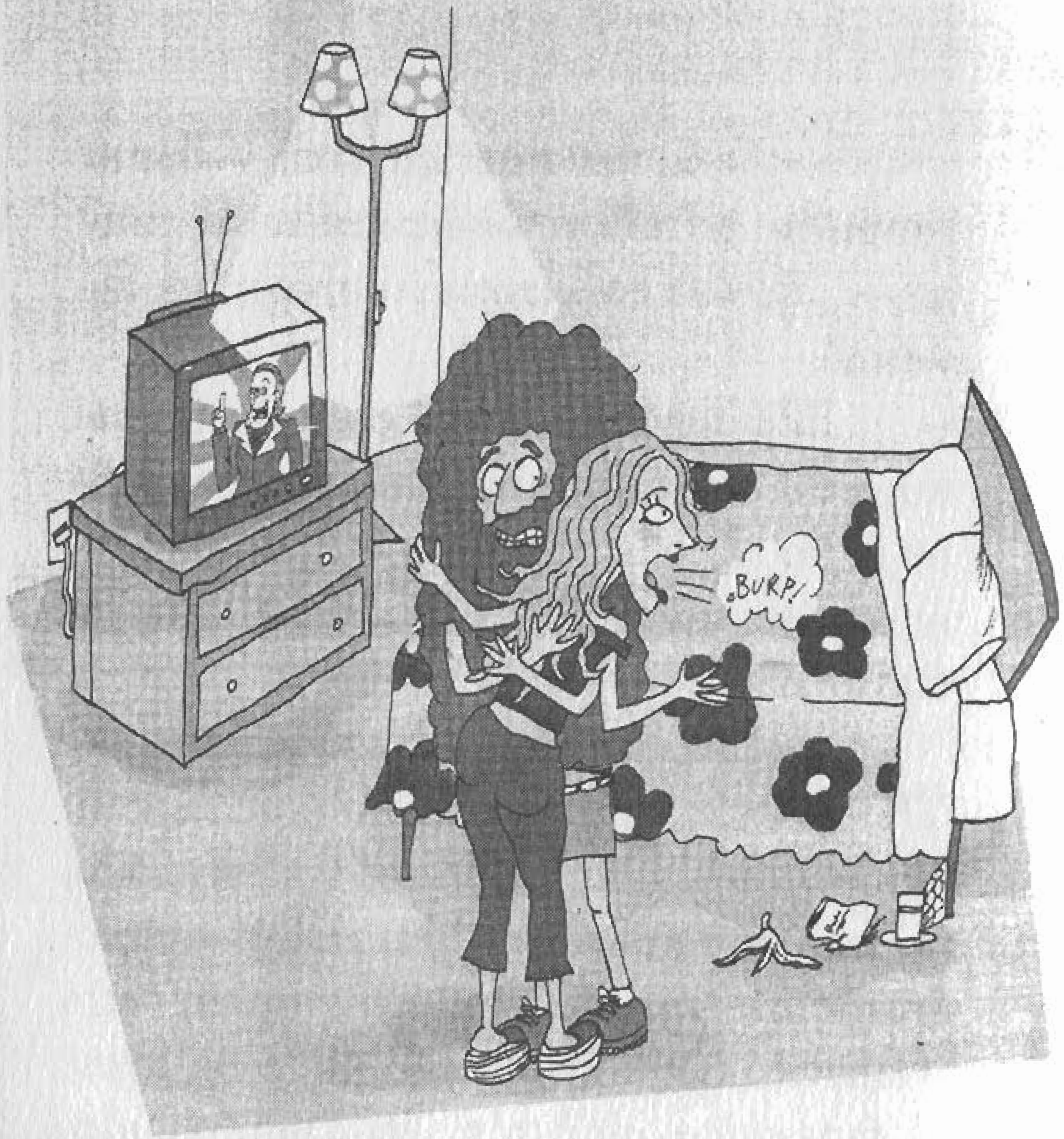
En resumen, Toxi y Roño Guácatela son sucios, flojos y aprovechadores. Hasta podrían parecerte unos cretinos, pero no... ellos son muy diferentes.

Una experiencia electrizante

—¡Toxi, mi querida Toxi! —llamó cantando el señor Guácatela a su mujer—. ¡Ya va a comenzar tu programa favorito!

Ella llegó corriendo con sus pantalones de aeróbica apretados y se tiró de un salto sobre la cama; no quería perderse un segundo del infomercial que la trastornaba.

—¡Llame, llame, llame y adelgace YA! —decía el presentador con acento extranjero—. ¡Sin sacrificio, sin ejercicio, sin siquiera conocer a Mauricio! —efectivamente nunca supimos quién era Mauricio, pero rimaba—. ¡Sólo ajústese el fantástico cinturón Ab-Dominación, presione el botón rojo y automáticamente comenzará a recibir el efecto de la electroterapia! ¡Usted no tiene que hacer



los abdominales, Ab-Dominación los hace por usted!

—¡Ay, Roño! —dijo la señora Guácatela—. ¡Cómprame Ab-Dominación, por favor! —y acarició a su marido.

—Por supuesto, mi Toxi adorada. No tenemos cómo pagarlo, pero no importa —y marcó el número que aparecía en pantalla justo cuando el animador, que se llamaba Marrullero Camandulero, dijo «¡YA!». Así consiguieron ser los primeros en comunicarse y recibieron de regalo un año gratis de cloro. Estaban tan contentos que se dieron un fuerte abrazo, tanto que a Toxina se le escapó un enorme eructo.

A la mañana siguiente llegó el camión con la ansiada caja plateada, igual de brillante que el traje de Marrullero. También venían los doce bidones de cloro, hechos de vidrio grueso y con capacidad para veinte litros cada uno.

¡Oh, qué alegre estaba Toxina de la Ponzoña Icorosa, señora de Guácatela, aquel día! Abrió el paquete con desespe-

ración y de adentro sacó la flamante correa eléctrica. Rápidamente se la puso alrededor de la cintura, presionó el botón rojo y... nada, no pasó absolutamente nada.

Entonces doña Toxina leyó con dificultad las instrucciones, porque estaban escritas con letra muy pequeña y además ella tenía muchas legañas acumuladas en los ojos. Decía: «NO SE INCLUYEN LAS PILAS».

—¡Qué piltrafa! ¡Qué injusticia! ¡Es una estafa! ¡Llamaré a la policía! —gritó la señora Guácatela.

Roñoso la consoló:

—No te preocupes, Toxi linda. En vez de usar pilas, puedes conectar Ab-Dominación al enchufe de la pared, yo tengo un par de alambres guardados abajo.

Ella estuvo de acuerdo y se sentó en una silla al lado de la muralla. Pronto apareció Roñoso con los cables y los enchufó a la corriente.

—¿Sientes algo?

—Apenas unas cosquillas en la panza. Creo que va a ser necesario tomar medidas más drásticas.

—¿Cuáles? —preguntó extrañado el señor Guácatela.

—Ya verás. Sígueme.

Toxina se levantó de la silla y bajó por la escala que daba al jardín, donde el pasto estaba un poco largo, pero aún seguía siendo verde y además tenía árboles, arbustos, plantas y flores. Su marido la siguió. Cruzaron la reja y se quedaron parados en la vereda, justo al lado del poste de la luz.

—Entonces, ¿cuál es tu idea? —dijo Roñoso, con cara de susto.

—Sólo observa —respondió muy segura.

Tomó los cables y los hizo girar igual que boleadoras. Una, dos, tres vueltas y los lanzó hacia arriba. Quedaron perfectamente enganchados a los del farol. Entonces la electricidad bajó por ellos, con toda su potencia, hasta la barriga de la señora Guácatela.



¡T-lle-lle-lleeé! —sonaba el cuerpo de Toxina al ser electrocutado. Ella vibraba mientras de su pelo salían chispas y rayos azules con blanco fulgurante.

—¡A-a-a-pa-a-ga-a e-e-el bo-o-to-ón ro-o-jo-o, po-o-or fa-a-a-vo-or! —le suplicó a su marido.

—Me da miedo —respondió él, mirándola espantado.

—¡E-en-to-o-on-ce-es co-o-or-ta lo-o-os a-a-la-a-mbre-e-es, si-i fue-e-ra-a-as ta-an a-a-ma-a-ble! —dijo doña Toxina, sacudiendo los brazos y las piernas, como bailando tecno.

—¡Ah, bien pensado, mi Toxi radiante! —dijo Roño y se fue a buscar entre los escombros, donde encontró una enorme tijera, con la cual tronchó los cables.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor que antes —respondió ella, aún humeante.

—Pero, ¡mira! —el señor Guácatela indicó hacia los abdominales de su señora—. ¡Tienes calugas!

Y era cierto. Toxina de Guácatela lucía ahora unos impresionantes músculos en la zona estomacal, dignos de un físico-culturista. ¡Y qué contenta se puso!

—¿Quieres usarlo tú ahora, mi Roño melenudo?

—Mmm... quizás otro día, porque estoy con el estómago vacío y me pareció leer en el manual que no era lo más apropiado —respondió mirando para otro lado, mientras a ella todavía le seguían dando los últimos tiritones.

Salchichas domesticadas

El suceso eléctrico tuvo algunas otras consecuencias. El pelo de Toxina quedó tieso para siempre, una mezcla entre pinchos de puerco espín y virutilla para ollas. Además ocurrió algo no tan común que digamos: toda su piel quedó magnetizada.

—¡Quedarás aún más bonita! —le dijo su marido—. Te pondremos los adornos del refrigerador, esos que tienen imán. También será muy útil: te compraré una libreta con tapa metálica, así podrás anotar las cosas que tienes que hacer, o empezar un diario de vida, ¡o apuntar los horarios de los infomerciales!

—Gracias, mi Roño regalón; como siempre, tienes toda la razón. En agradecimiento, te prepararé una comida especial, algo sin igual.

—No hay por qué, Toxi luminosa, para eso estoy.

Entonces Roñoso fue a preparar la cama para ver televisión mientras comían, y su señora se dirigió a la cocina en busca de las salchichas que había dejado en el refrigerador.

—¡Qué raro! ¿Dónde estarán estas salchichas? —se preguntaba rascándose su pelo rígido. Examinando el interior del frigorífico descubrió que las cecinas habían trepado por sí solas y estaban pegadas al techo del aparato, ondulando lelas de un lado para otro. Con gran dificultad logró poner las desobedientes salchichas en el plato del señor Guácatela y en el de ella. Como acompañamiento agregó la tortilla que tenía en la sartén, una mitad para cada uno.

Mientras, en el dormitorio, Roñoso ya tenía su barba lista para comer. ¿Su barba lista para comer? No te preocupes, lo comprenderás más adelante.

—¡Mmm! ¡Qué aroma tan delicioso! ¿Qué banquete me has cocinado?

—Se trata de una receta novedosa: salchichas movedizas con tortilla misteriosa.

—Ehm, qué rico —dijo el enmarañado marido, y se acercó a pinchar uno de los tubos.

—¡No! ¡No nos comáis! —gritaron las salchichas, sentándose en el plato—. ¡Por favor, no nos perforéis, ni nos acuchilléis, ni menos nos mastiquéis o engulláis!

—¡Pero qué comida más mal educada! —les gritó Toxina—. ¿Acaso no les enseñaron que no se debe gritar en la mesa?

—Perdonad —dijeron al mismo tiempo las tres salchichas del plato de Toxina junto con las otras tres del plato de Sórdido Roñoso.

—Mi amorcito —susurró el señor Guácatela—, ahora que las veo tan acurrucadas en el borde de mi plato, me da pena comérmelas... y fíjate qué lindo como hablan.

—¡Sí, sí, escuchadlo, que tiene toda



la razón! ¡No nos zampéis! ¡Además, estamos vencidas!

La señora Guácatela las miró con ojos de ternura y finalmente sentenció:

—Está bien, no las devoraremos. Al contrario, desde ahora serán parte de nuestra familia. ¿Quieren que las adoptemos?

—¡Sí, sí, sí! —respondieron a coro.

—Muy bien. Ahora vayan a jugar al jardín.

—¡Gracias! ¡Seremos vuestras guardianas! ¡Haremos turnos a fin de protegeros!

Felices y agradecidas bajaron a saltos por los peldaños de la escala hasta el patio. Roñoso meditó que deberían bautizarlas pronto. Después también pensó que seguía con la panza hueca y que tenía hambruna.

—Bueno, a comer esta rica tortilla, supongamos que no querrá quedarse a vivir en la casa también —y se embuchó un buen trozo—. ¡Mmm! ¡Sabrosa! ¿De qué es? —preguntó con la boca llena.

—Es un platillo sencillo: se prepara con un quilo de bolo alimenticio, una base de puré de orejas, espinillas de punto negro y de las de color colorado también.

Los ojos del señor Guácatela se pusieron saltones y su cara tomó un leve tono verdoso.

—Mmggh... —atragantado—, es una preparación, ¿cómo decirte? Muy «elaborada».

—Gracias, Roñi, sabía que lo apreciarías. Llevo un mes juntando los ingredientes; revienta que revienta en la mañana, escarba que escarba en la tarde. Lo que no usé lo dejé guardado en frascos con etiquetas, así que cuando tú quieras te puedo volver a preparar esta misma tortilla.

—Eh, qué rico... gracias.

—Si quieres, mañana mismo —propuso entusiasmada.

—Mmm, no, mi Toxi salsera, dejémosla para alguna ocasión especial; como dicen, en la variedad está el gusto

—y se tragó el último pedazo con los ojos cerrados. Luego preguntó:

—Toxi querida, ¿qué hay de postre? ¿Podrá ser algo así como pastel, galletas o helado?

—Mejor aún: mousse de pus espolvoreado con estafilococo rallado.

El plan secreto de Roñoso

Aquella noche, el señor Guácatela se conectó a Internet para divertirse con juegos virulentos, y la señora Guácatela abrió el primer barril de cloro para lavarse el pelo y cepillarse los dientes.

—Así nunca más tendré que asearme —cantaba desde el baño.

—Bueno, nunca lo hemos hecho, mi Toxi clorótica —le respondió su marido, echado frente a la pantalla del computador.

Bajo la luna llena, Sórdido Roñoso Guácatela ideó un plan para engañar a las personas ingenuas. Inventó un correo electrónico falso a nombre de «Lucy» y escribió la siguiente carta:

Hola, soy Lucy, una niña muy, muy enferma, con muchas enfermedades diferentes, todas incurables. Vivo

en el país más subdesarrollado del mundo; no existe nada. Mis padres son muy buenos y han conseguido que las más grandes corporaciones de alimentos y también de computación donen un peso por cada mil pesos que ustedes envíen. Así podremos pagar los medicamentos, tratamientos, operaciones y transfusiones que necesito para sanar. Que les quede claro: si no me mandan suficiente plata, moriré. Y será por culpa suya.

Además, las grandes corporaciones de alimentos y también de computación se enfadarán con mis papás y les embargarán todo lo que tienen, que, como ya les dije, es nada.

También las grandes corporaciones se enojarán con ustedes por tacaños. En venganza, las empresas de comida les pondrán bichos a las galletas, chocolates y caramelos. Piénsenlo bien (2 veces) porque si no, la próxima ocasión en que masquen un chocolatín con almendras

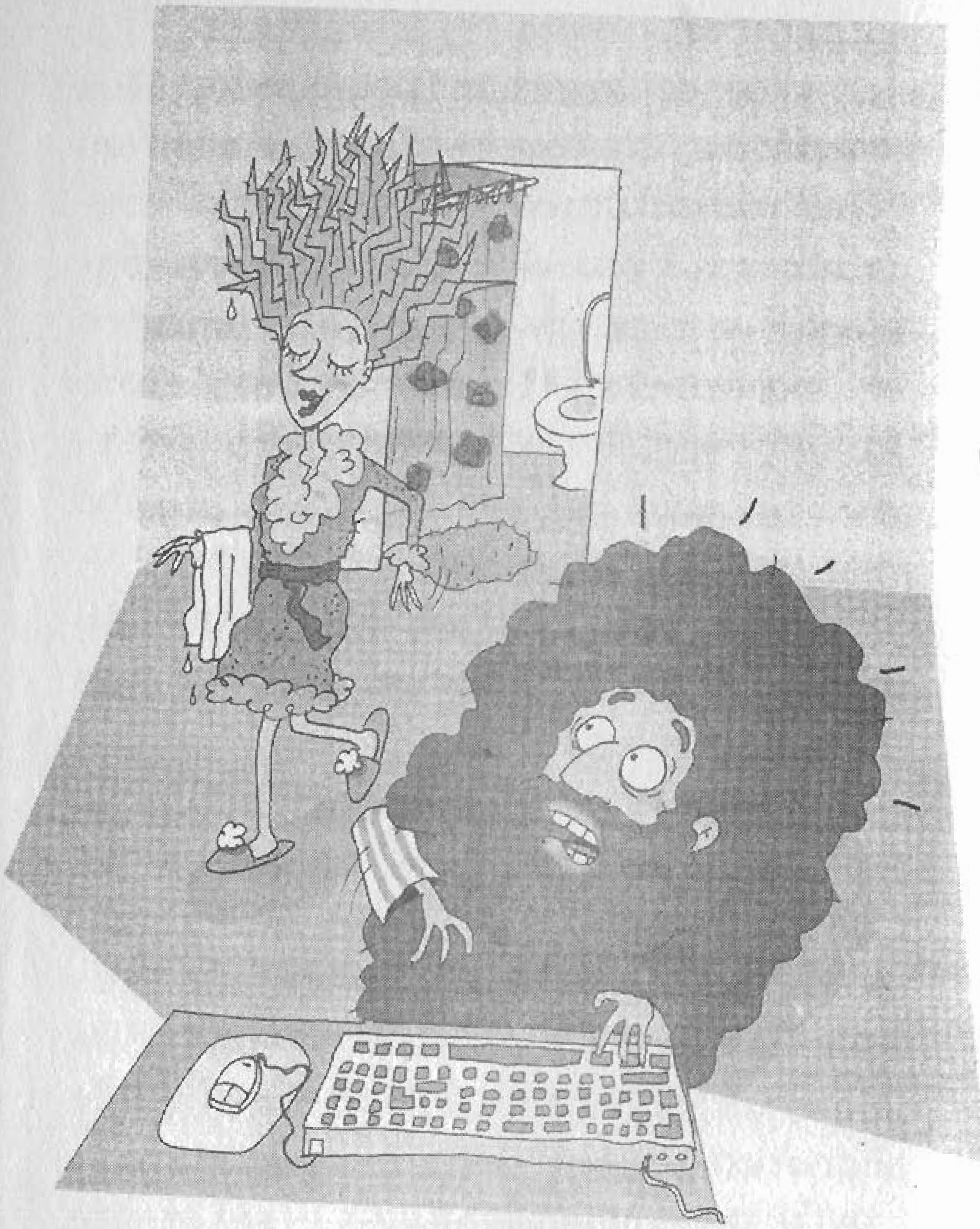
puede que no sean almendras, sino cucarachas negras y crocantes.

Por si aquello fuese poco, las compañías de computación crearán un virus que atacará sin piedad sus computadores. Cada vez que necesiten entregar un trabajo importante, primero la impresora fallará y después toda la información se borrará para siempre. Si esto ya les ha pasado alguna vez, es porque no han colaborado.

Así que ya les digo, por su propio bien: ayuden o pagarán las consecuencias.

Depositen todos los miles o millones de pesos que tengan en la cuenta bancaria a nombre de la familia Guácatela o envíenlos por correo a: Avenida Reino de las Moneras, Casa Piloto, Condominio Lo Barato, Cuesta Caro.

No manden cheques, solamente billetes, porque nos da flojera, perdón, digo, estoy muy débil y mis bondadosos padres deben atenderme



todo el tiempo. Por eso no pueden ir al banco, no porque les dé pereza, nada que ver, ¿ya?

Bueno, queridos amigos, me despido con un tierno beso y un abrazo muy cariñoso.

Manden esta carta a todas las personas que conocen, de lo contrario... mejor ni les digo, pero se podrán imaginar las atrocidades que sufrirán.

Atentamente,

Lucy, la niña muy, muy enferma.

—Qué buena me quedó —se felicitó a sí mismo el señor Guácatela.

En ese instante, la señora Guácatela salió del baño llevando puesta una bata roja.

—¿Qué tanto tecleas, mi Roño mangonero?

—Es una idea que se me ocurrió para ¡AHHH! —gritó al darse vuelta y ver que el pelo de su mujer, además de estar tieso, se había puesto color verde intenso, debido a la acción del cloro.

—¿Qué pasa, Roño? ¿Te torciste? ¿Te enchuecaste?

—¿Te miraste en el espejo? —le preguntó, aún perplejo.

—¿Cuál espejo, si no tenemos?

Roñoso hizo una mueca como chupando un limón muy ácido.

—Mi amorcito... tu cabello...

—¿Qué ocurre? ¿Algo malo?

—¡Nada! —contestó con voz temblorosa—. Es bello, ¡muy bello!

La Mascota: una bestia al acecho

Tenemos pendiente la explicación de la barba y melena de Roñoso. Como las promesas deben cumplirse, ahora lo sabrás.

Resulta que el señor Guácatela es lampiño, es decir, tiene pelo en la cabeza, pero no tiene barba ni vellos en el cuerpo. Por eso su sueño siempre fue ser peludo. Un día decidió no cortarse las patillas, las cuales crecieron cada vez más, y más, y más, hasta transformarse en una maraña barbuda que se enredó, tapándole casi toda la cara y que actualmente le llega hasta la cintura. Por fortuna para él, también le salen pelos desde dentro de la nariz, los que ahora están convertidos en unos gruesos mostachos.

Por ser chascón y no bañarse, pronto le salieron piojos. ¡Pobre Roñoso!



¡Cómo se rascaba todo el día! De pronto, sin previo aviso, la picazón desapareció. Fueron las garrapatas, que vinieron y se comieron a los piojos en un segundo.

Así estuvo un tiempo, pero las garrapatas se incrustaron en su cráneo y comenzaron a chuparle la sangre. Era tanto lo que succionaban, que se le olvidaban las cosas, andaba pálido y se sentía muy cansado todo el día. Por suerte aparecieron las arañas, que agarraron a las garrapatas con sus patas gordas y se las tragaron. El señor Guácatela recuperó la memoria, pero la flojera no se le quitó nunca.

Las arañas también resultaron ser un fastidio, por su manía de tejer y tejer. Eran tantas las telas que Sórdido, perdón, Roñoso tenía en su cabellera, que parecía como si se hubiese puesto totalmente canoso. Ese detalle poco le importaba; lo que sí le molestaba era que después de dormir, o de ver televisión unas cuantas horas, le costaba mucho levantarse, porque las costureras de ocho patas ya lo habían pegado a la cama.

—¡Insectos laboriosos, abúrranse de trabajar!

—¡No somos insectos, ignorante!

—¿Y qué son, entonces? —les preguntó con inocente curiosidad.

—¡Somos arácnidos, que no es lo mismo!

—Bueno, perdón, no lo sabía.

—¡Aprende, entonces! ¡Estudia! —lo retaban—. ¡Sí, estudia, holgazán! —y se reían de él.

Teniendo dominado al señor Guácatela, las invasoras se sintieron victoriosas. Eso fue hasta que llegó quien finalmente pondría las cosas en su lugar: la Mascota.

La Mascota es la criatura más feroz jamás descubierta. No se sabe qué es ni de dónde vino, pero lo cierto es que arrasó despiadadamente con las arañas. Las exterminó. Las fulminó. Ni una sola logró escapar. Se las comió como si fuesen canapés.

Desde entonces, se hospeda en la chasca de Roñoso, desplazándose en

silencio de un lugar para otro. Vigilando, siempre vigilando. Si alguna mosca despistada pasa volando cerca, la Mascota aparece de un salto y la caza. Luego, desaparece con lentitud entre la maleza capilar para engullir a su víctima y esperar la siguiente.

De aspecto se parece a una tortuga, pero aún más terrible y sanguinaria. Es cierto que a las moscas no les hace asco, pero sus presas favoritas son las polillas. Roñoso sabe muy bien esto, porque cada vez que tritura alguna, emite unos tiernos chillidos de placer. Durante las noches de verano, el señor Guácatela se pone las luces del árbol de Pascua alrededor del pelo y se sienta al lado de la ventana. Pronto aparecen cientos de ingenuas polillas y la Mascota se da jugosos festines. Una vez, incluso, un murciélago cayó en una de las telas que habían quedado como recuerdo de las arañas. Era demasiado gordo para ella, así que lo compartió a medias con su amo.

¡Váyanse, hediondos!

Como te explicábamos al principio del cuento, los únicos vecinos de los Guácatela eran los Cardinales. A papá Cardinal le decían Punto porque no era muy alto. Mamá Cardinal se llamaba Virtud.

Punto Cardinal junto a Virtud Cardinal eran padres de siete hijas en total: primero tuvieron cuatro, y les pusieron Prudencia, Justicia, Templanza y Fortaleza; después nacieron tres más, y las llamaron Fe, Esperanza, y Caridad a la más chiquita.

La familia Cardinal no estaba contenta con sus mugrosos vecinos. Intentaron muchas formas para esquivar el mal olor que emanaba de la casa de Toxina y Roñoso. Nada les dio resultado. Un día no soportaron más y llamaron por teléfono

a don Destala Plata para solicitarle una solución.

—¡Quiero, quiero, mucho dinero! —contestó cantando don Destala.

—¿Aló? ¿Señor Plata? —preguntó Punto.

—Con el mismo, es decir, conmigo, o sea, yo.

El padre y/o apoderado de la familia Cardinal le hizo entender que ya no aguantaban más el aroma a podrido de los Guácatela.

—¡Qué! ¡Mis preciados dominios! ¡Mi precioso DINERO! ¡Hablaré con los carabineros!

Colgaron y don Destala llamó a la comisaría para acusar a los Guácatela por hediondos. Los carabineros, a su vez, se comunicaron con el Especialista en Salud Ambiental, con el fin de comprobar cuán fétidos eran Toxi y Roño.

Ese mismo día, antes de la hora de almuerzo, tipín once, exactamente a las 11:23 horas, llegaron al lugar de los hechos don Destala Plata, los carabineros,



el Especialista en Salud Ambiental, Virtud Cardinal y su marido, Punto, acompañados por sus hijas: Prudencia, Justicia, Templanza y Fortaleza. También fueron Fe, Esperanza y, por supuesto, Caridad.

—¿Es aquella la casa habitación en cuestión? —preguntaron los carabineros.

—Zí —contestaron los Cardinales, todos al mismo tiempo y con voz gangosa, porque se habían puesto pinzas para la ropa en la nariz.

—¡Pero si ésa es la casa piloto! —gritó con rabia don Destala.

—Zí —nuevamente respondieron al unísono.

—Con razón nadie más había querido comprar —se dijo a sí mismo el señor Plata.

—Con ñazón —afirmaron los Cardinales.

Los policías se acercaron a la vivienda de los Guácatela. El aire era tan espeso que no podían respirar y además les picaban los ojos. Se pusieron sus

mascarillas contra gases y guantes protectores. Así lograron llegar hasta el frente de la casa y tocaron la puerta. Nadie les abrió.

Entonces gritaron:

—¡Si hay alguien viviendo en este domicilio piloto, que salga inmediatamente, o nos veremos en la obligación de entrar por la fuerza!

Silencio absoluto.

Los carabineros dieron unos pasos hacia atrás para tomar vuelo, luego corrieron y chocaron contra la puerta, la cual apenas se abrió un poco, porque como bien sabemos, adentro estaba lleno de basura acumulada. Así y todo, esa delgada rendija bastó para que desde las entrañas de la casa saliese un vapor tan radiactivo, azumagado y repugnante, que las mascarillas se les derritieron, los guantes se les deshicieron y a final de cuentas fueron ellos, y no los Guácatela, quienes se vieron en la obligación de salir arrancando.

—¡Imposible verificar! —dijeron cuando lograron llegar donde los otros.

Estaban exhaustos, respirando apurados, con la lengua afuera, agachados apoyando sus manos en las rodillas, y enteros verdes de las náuseas que sentían.

El Especialista en Salud Ambiental levantó su brazo, indicó hacia arriba y sentenció:

—¡Habiendo constatado la pestilencia del medio ambiente, declaro esta zona como «Altamente Contaminada»! —y después agregó—: ¡Es imposible la existencia de vida humana! ¡Decreto su inmediata evacuación, y punto!

—¿Zí? —preguntó Punto Cardinal.

—Ño, papá —le dijo Prudencia—, lo que ñize el zeñor ez que ñoz tenemoz que ir.

—¡Ño! ¡Pod qué?

—Es por su propia salud —respondieron los carabineros—. Les recomendamos que busquen un nuevo condominio para vivir.

—¡Ñozotroz zabemoz que ahí vive un matrimoño mugriento! —se quejó Virtud.

—Ademáz ya le pagamoz la primera cuota al zeñor Plata, ahora zólo ñoz faltan ñovezientaz ñoventa y ñueve —agregó Punto.

—Vegdad —dijo Virtud.

—Ademáz ñoz guzta aquí, ez lindo —dijo Esperanza.

—¡Zí! —estuvo de acuerdo Fortaleza—. Ez coza de acoztumbrarze.

El Especialista se veía particularmente enojado.

—¡No, no, y no! —reclamó saltando sobre la calle—. ¡No pueden quedarse! Ellos deben estar aislados, de lo contrario no podré estudiarlos apropiadamente.

—¿Quiénes son «ellos»? —inquirieron los policías—. ¿Qué es eso de «estudiarlos»?

Ahora el Especialista se veía particularmente nervioso. Se tironeó los pelos de su simpática barba puntuda.

—Eh, nada, nada. Aquí no existe ninguna forma de vida —dio unos discretos pasos hacia atrás.

—¿Y ñozotros, qué zomos entonches? —reclamó Punto.

El Especialista, con disimulo, dio otro par de pasos para escabullirse y con una falsa sonrisa agregó:

—Bueno, aparte de la familia Ordinal, por supuesto.

—¡Cadiñal! —refunfuñó Virtud.

—Eso, eso, Cardinal. Si ustedes quieren quedarse, háganlo. Pero asuman las consecuencias. Les aseguro que nadie más querrá vivir en este condominio.

En ese momento don Destala Plata se dio cuenta que no podría vender ninguna casa más y se tiró al suelo a llorar.

—¡Buaaa! ¡Quiero mi dinero! ¡Sin dinero, me muero!

Los carabineros lo ayudaron a levantarse y se lo llevaron abrazado, dándole consuelo.

Los Cardinales tuvieron una linda conversación familiar, decidieron quedarse y volvieron a su hogar.

Mientras todo esto ocurría, las seis salchichas, aún sin nombre, estuvieron

escondidas detrás de unas matas... listas para atacar cuando fuese necesario. En el segundo piso de la maloliente casa, los Guácatela se tapaban la boca para que no se escucharan sus risas. Habían observado toda la escena desde la ventana, arrodillados en posición secreta.

—¿Con que no se quieren ir? —dijo sonriendo el señor Guácatela.

—¡Ay, Roño maloso! ¿Qué idea maléfica se le ha ocurrido a esa peluda cabeza tuya?

—Te va a encantar, mi Toxi curiosa —respondió moviendo las cejas de abajo para arriba. Luego hizo una pausa y preguntó con cara de pillo—: ¿Qué hay de comida? ¿Algo muy condimentado? ¿Algo que nos caerá como una «bomba»? —y le cerró un ojo, que se le anduvo pegando por las legañas.

¿Quién quiere conocer a los Guácatela?

Mientras la señora Guácatela preparaba la comilona que formaría parte del plan para echar a los Cardinales del condominio, Roñoso se conectó a Internet, tal como lo hacía todas las noches. Primero, revisó su cuenta bancaria y descubrió que mucha gente había depositado plata.

—¡Excelente! —dijo mirando la cifra en la pantalla.

Después inspeccionó el falso correo a nombre de «Lucy», la niña muy, muy enferma.

—«Te queremos, Lucy» —remedaba haciendo una mueca de burla cuando leía los títulos de los mensajes—. «Quiero ser tu amiga», «Vendí mi televisor para enviarte dinero».

Sin siquiera leerlos, borró la lista completa.

—Ñoños —dijo.

Finalmente le echó una mirada a su verdadero correo, y cuál fue su sorpresa al ver que había un mensaje dirigido a ellos.

Estimados Sr. y Sra. Guácatela:

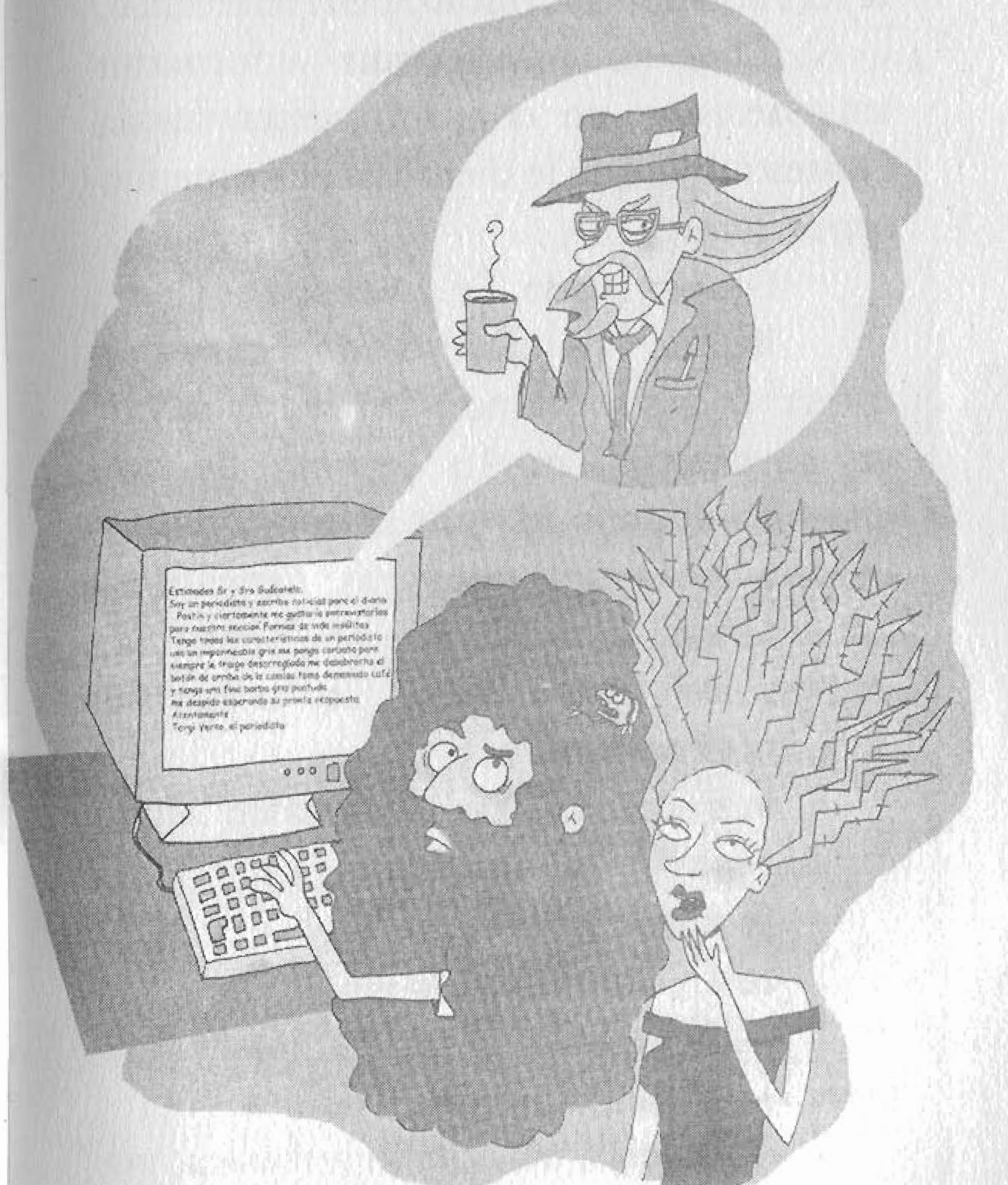
Soy un periodista, invento noticias para el diario *Postín* y ciertamente me gustaría entrevistarlos para nuestra sección «Formas de vida insólitas». Tengo todas las características de un periodista: uso un impermeable gris; me pongo corbata, pero siempre la traigo desarreglada; me desabrocho el botón de arriba de la camisa; tomo demasiado café y tengo una fina barba gris puntuda.

Me despido esperando su pronta respuesta.

Atentamente,

Tergi Verso, el periodista.

—No conozco a ningún periodista que se llame Tergi Verso... ¿Quién será? —pensó rascándose su patilla/barba—.



¡Toxi! —llamó a su mujer para que también leyera aquel misterioso correo electrónico.

Después conversaron y tomaron una decisión en conjunto. Esta fue la contestación que le dieron al entrometido reportero:

Desestimado Sr. Verso:

Ni se le ocurra acercarse a nuestra casa. No nos interesa salir en su diario, no lo leemos. De hecho, no leemos ningún diario. Si se atreve a venir, nuestras terribles salchichas guardianas se lanzarán encima de usted y se lo tragarán con impermeable y todo.

Nos despedimos esperando nunca más saber de usted.

Desatentamente,

Los Guácatela.

—¡Qué linda te quedó, Roño literato! —lo felicitó Toxina.

—Gracias, mi Toxi hiperbólica, no la podría haber hecho sin ti.

—Bueno, basta de jugar a la computación por hoy. Vamos a comer.

—¿Cocinaste algo poderoso? Acuérdate del plan que tramamos.

En la cara de Toxina se dibujó una sonrisa, luego dijo:

—Potente.

La velada fue golosa, glamorosa y glotona. A la luz de las velas artesanales que la señora Guácatela hacía con su cera de depilación usada, este fue el menú que degustaron:

Aperitivo: Potingue de moco tendido y pringue.

Entrada: Salmonella a la Tifosi (la original receta italiana, con el aliño que se obtiene hurgueteando el ombligo).

Plato de fondo: Callos Julio César con salsa de callampas.

—¡Delicioso! ¿Dónde conseguiste las callampas? —preguntó Roñoso.

Craso error.

—Las saqué de los dedos de tus pies mientras dormías, igual que los callos —respondió su señora, sonriendo.

—Eh, oh, mmm... ¡Mmm! Te

felicito, está todo muy rico, mi Toxi aprovechadora.

Y de postre: Calzones rotos, bañados en sebo, con exquisitos chips de caspa.

—Mejor ni te pregunto de dónde sacaste los calzones rotos, mi amorcito —comentó Roño.

—¡Fue muy fácil! Simplemente —iba a explicar, cuando Roñoso estiró su brazo y le tapó la boca.

—Eh... mejor no me lo cuentes. Así guardas el secreto de esta inolvidable golosina.

—¡Uy, mi Roño adulador, qué enigmático que estás! —dijo ella muy coqueta.

El efecto de semejante alimentación no se hizo esperar: los estómagos de los Guácatela comenzaron a retumbar y gorgotear como volcanes en erupción.

—Ya estoy lista —anunció Toxina.

—¡Aguanta un poco más, mi Toxi prendida! ¡Ahora voy a buscar el arma secreta!

Roñoso bajó a la pieza de los cachureos, que como sabemos era todo el primer piso, y trajo un artefacto que había fabricado especialmente para alguna situación que lo mereciera. Y esta situación... lo merecía. Consistía en dos sopapos, de los que se usan para destapar el escusado. Pero Roñoso les había quitado el palo y en su lugar puso dos mangueras, que en la primera parte iban separadas, pero después estaban unidas con cinta adhesiva, es decir, semejantes a la forma de la letra Y.

Cuando la señora Guácatela se puso la ventosa en el trasero, hizo un sonido de chupón, como cuando uno aprieta los labios y luego los despega repentinamente. Mientras tanto, Roñoso bajó la escala y caminó por el patio escondido en la oscuridad hasta la casa de los Cardinales. Allí se trepó hasta la ventana del dormitorio donde plácidamente soñaban Virtud, Punto Cardinal y sus siete hijas, cuyos nombres ya sabemos. Calladamente la abrió, apenas un poco, lo



suficiente como para embutir las dos puntas de las mangueras, o como diría él, el cañón del arma secreta.

Volvió corriendo a su propia pieza y saltó a la cama, donde Toxi lo esperaba para comenzar el bombardeo. Se pegó el sopapo entre las nalgas, igual que su señora, produciendo el mismo ruido.

Entonces vino el reventón.

Los Guácatela descargaron todo el gas que tenían en sus panzas infladas de un solo estallido. La detonación avanzó hinchando las mangueras hasta llegar al dormitorio de sus vecinos. Tan gigantesco fue el zambombazo, que los Cardinales saltaron hasta el techo con la onda expansiva. De hecho, Templanza quedó estampada en el techo, pero por suerte después volvió a caer.

Toxina y Roñoso se asomaron a su ventana y pronto vieron salir a la familia Cardinal a la calle. Tenían la cara pálida, los ojos saltones, iban tambaleándose y diciendo palabras locas.

—¡Abreviatura! —que es una palabra muy larga, imploraba Caridad.

—¡Todo junto! —que se escribe separado, clamaba Justicia.

—¡Separado! —que se escribe todo junto, respondía Fe.

—¡Equis! —decía Punto, y eso que «equis» no lleva la letra X por ningún lado.

Siguieron así toda la noche. Se tomaban la cabeza y caminaban para cualquier parte: hacia el Norte, el Sur, el Este e incluso hacia el Oeste, pero no tanto. Al verlos dando vueltas por la ciudad, la gente se asustó y llamaron a la ambulancia, que se los llevó al hospital psiquiátrico «Por Lo Menos Cuerpo Sano». Allí se bajaron sin protestar, y se quedaron tranquilos por un tiempo.

Ya parece cuento

—Ahhh... —bostezó Roñoso al despertarse—. Tengo un poco de hambre, ¿es hora ya de tomar desayuno?

—Mmm... —respondió la señora Guácatela y abrió un ojo para mirar su reloj—. Recién son las dos de la tarde.

—Oh. Está bien.

Y siguieron durmiendo hasta las cinco.

—Ahhh... —bostezó Roñoso al despertarse de nuevo—. Ahora sí que tengo hambre, me comería de desayuno un león.

—Muy bien. Te daré yeyuno e íleon.

—¿Y eso qué es?

—Es muy digestivo, te vas a retorcer de gusto —dijo y se enderezó como un aplauso, gracias a sus forzudos abdominales, quedando sentada en la cama.

—Estupendo. Voy a ver cómo va nuestro negocio en Internet.

Entonces, como siempre, el señor Guácatela se echó frente al computador, observó que su cuenta bancaria había aumentado al doble con las donaciones, borró los saludos y mensajes de apoyo para Lucy y finalmente revisó su correo real, donde nuevamente había una enigmática correspondencia.

Queridos Roñoso y Toxina:

Soy un artista, no un periodista; de hecho, no tengo ninguna de las características de un periodista. En cambio sí tengo todas las cualidades de un artista: nunca me baño y, tal como ustedes, jamás me lavo los dientes. Compro ropa nueva y cara, pero la ensucio y la rajo para que se vea vieja y gastada. Soy flojo y desordenado, nunca hago experimentos, y tengo una fina barba multicolor puntuda. Me gustaría retratarlos en una pintura, inventar poemas y canciones acerca de



ustedes y, ciertamente, escribir un libro para inmortalizarlos.

Afectuosamente,

Cándido Mameluco, artista.

Posdata: Los perros salchicha no me inspiran miedo.

—¡Toxi! ¡Ven a ver esto!

Ella apareció corriendo desde la pieza de al lado, que era la que usaban como cocina.

—¡Pero qué insolencia! ¡Decir que no me cepillo los dientes! ¡Si usé cloro!

—¡Y tratar de perros a nuestras salchichas! ¡Cómo se atreve! ¡Más encima justo ahora que ya las bautizamos!

—Es verdad, mi Roño denominador común, les diste nombres encantadores.

Las salchichas escucharon que se hablaba acerca de ellas y subieron hasta la ventana desde el patio, que ahora parecía un desierto apocalíptico. Después de leer el mensaje del señor Mameluco estaban furiosas.

—¡Descaro! ¡Grosería! ¡Verdulería! —gritaron indignadas.

—Le responderé de inmediato a este mentecato.

Cargante Cándido:

Para tu información, nuestras mascotas son salchichas españolas, no canes, Cándido. Ellas son parte de nuestra familia y hasta las bautizamos. Se llaman: Infección, Quiste, Peste, Achaque, Impétigo y Furúnculo el más chiquitín, que es un primor. Están sumamente enojadas contigo por confundirlas, así que si te aproximas a nuestro refugio, te cortarán en pedacitos y harán anticuchos contigo, Cándido. Es decir, no te asesinarán, sino que te acecinarán. Si no conoces la palabra, búscala en el diccionario. Por si fuera poco, tenemos otra mascota, la Mascota. Ella te masticará como malvavisco, Mameluco.

Odiosamente,

Toxi y Roño.

Posdata: Mi Toxi desinfectada quiere que sepas que ella ya se es-

cobilló los dientes una vez, con el cloro que se ganó por comprar Ab-Dominación.

—¿Les parece que me quedó bien escrita? —preguntó Roñoso.

—¡Magnífica! —contestaron las salchichas.

—¡Magnética! —agregó Toxina.

—Muchas gracias, lo hago para defenderlas, porque las quiero. Especialmente a ti, mi Toxi electrizante.

Ella se sonrojó de emoción.

—¡Ay, Roñi embelecador! ¡Pareces salido de un cuento!

Roñoso también enrojeció, y las salchichas los miraron tiernamente. Fue un momento bello.

A propósito de cuento, a la señora Guácatela lo de salir en un libro o ser dibujada no le parecía tan mal; recordemos que es algo vanidosa.

—¿Y si lo convidáramos? —preguntó.

—Tengo que pensarlo —respondió Roñoso rascándose la cabeza.



—¡Sí, sí! —gritaron las salchichas—. ¡Dejadlo que venga! ¡Lo desmenuzaremos entre todas! ¡Dejadlo!

Saltaban alegres sobre el marco de la ventana, abrazándose o por lo menos intentándolo. En medio de tanta celebración se descuidaron y Furúnculo tropezó. Antes que cayera al suelo, apareció la Mascota y lo mordió.

—¡Mascota! ¡No! ¡No te tragues a tu hermano menor! —la retó el señor Guácatela.

La Mascota obedeció y soltó a Furúnculo, comiéndole sólo un trozo.

—¡Muy bien! —la felicitó y le entregó una polilla de las que guardaba en el bolsillo para darle como premio cuando hacía caso.

Aterrorizadas, las seis salchichas se zambulleron en clavado de vuelta al patio. Furúnculo, que ya era el más pequeño, quedó más chico aún.

El colmo de los colmillos

Habiendo expulsado a los Cardinales, los Guácatela se quedaron solos en su hábitat. Que el Especialista en Salud Ambiental declarase la zona como Extremadamente Contaminada fue lo mejor que les pudo pasar, ya que a los pies de la cuesta Caro, es decir, a pasos de donde ellos vivían, se instaló una planta procesadora de desechos tóxicos llamada «Pata de Cabra» y un basural con el mismo nombre.

Las empresas que no sabían dónde esconder su basura, la mandaban a la planta. Al llegar, los camiones descargaban los desperdicios sobre una correa transportadora en la entrada. Estos escombros inmundos avanzaban automáticamente y, después de dar la vuelta completa al edificio, simplemente eran arrojados al vertedero por la salida.



¡Ahora los Guácatela tenían una fuente inagotable de ingredientes para sus comidas!

Resultó ser un fabuloso supermercado. Toxi subía y bajaba las montañas de basura, cantando feliz, echando de un cuanto hay en su propio carro de compras. Del basural también obtenían utensilios, herramientas y piezas que Roñoso usaba para confeccionar sus armatostes y artilugios.

Todo marchaba a la perfección en sus vidas... hasta que un día ocurrió una calamidad. Algo realmente horrible le sucedió a doña Toxina. El señor Guácatela decidió solucionar la tragedia al instante. Partió en busca de un artículo que no era un utensilio, ni una herramienta, ni siquiera una pieza. ¿Qué cosa?

Dientes.

Sí, exactamente, tal como lo lees: dientes. ¿Por qué? Te contaremos:

Ya te habíamos mencionado un par de veces que doña Toxina de la Ponzoña Icorosa, señora de Guácatela, es un

poco presumida. Bueno, el punto es que a ella le dolió su orgullo femenino con el comentario de Cándido Mameluco, el artista, acerca de que no se lavaba los dientes, cuando la verdad es que sí se los había limpiado aquella vez con cloro. Entonces, para tener unos dientes relucientes, decidió enjuagarse todos los días utilizando el mismo cloro, aquel que venía de regalo con su cinturón Ab-Dominación.

Al principio, los dientes efectivamente resplandecían, y ella se reía todo el día. El problema fue que pronto se disolvieron, hasta desaparecer por completo. Ella se puso muy triste, porque ya no podía morder, ni masticar, ni mascar, y mucho menos triturar. Por eso fue que su marido decidió bajar a conseguirle una dentadura nueva.

Roñoso exploró la tarde entera entre las porquerías del basural, pero no pudo hallar una sola muela, o un incisivo, ni siquiera un premolar, y eso que la Mascota lo ayudó a buscar.

Ya estaba desilusionado, agotado y transpirado cuando, de pronto, divisó lo que parecía una dentadura postiza.

—¡Albricias! ¡Ñaca ñaca! —dijo eufórico—. ¡Con esos dientes, mi Toxi podrá comerse hasta una vaca!

Luego que la Mascota se montara de vuelta en su pelo, el señor Guácatela corrió hasta el lugar del hallazgo. Al tomarlos y analizarlos de cerca, se percató que no eran precisamente del tipo que él esperaba.

—Son dientes de vampiro —dijo.

En efecto, eran dientes para jugar a disfrazarse. Roñoso se sentó sobre unos cachivaches, con el sol implacable sobre sus mechones desordenados. Al cabo de unos minutos dijo:

—Se verá extraordinaria, ¿no te parece, Mascota?

La Mascota dijo que sí moviendo su cabeza de arriba para abajo.

Roñoso se sintió feliz. Quería que fuese un regalo sorpresa. Esperó a que Toxina se durmiera y comenzara a roncar.

Entre ronquido y ronquido le fue escurriendo pegamento N-grudo Extra Pegote en las encías y después le embutió los dientes de vampiro. Finalmente se quedó mirándola a la luz de la luna.

—¡Ay, mi Toxi colmilluda! ¡Ya quiero ver la cara de impresión que vas a poner mañana! —susurró y se acostó a dormir.

Los deseos del señor Guácatela pronto se hicieron realidad. En cuanto despertaron, le dijo a su mujer:

—¡Buenos días, Toxi esmaltada! ¡Regálame una linda sonrisa!

Ella lo miró aún adormilada y estiró la boca hacia arriba, pero sin abrirla.

—¡Qué linda! ¡Ahora una risa mostrando los DIENTES! —pidió un poco impaciente.

La señora Guácatela trató, pero no pudo, porque sus labios se habían sellado con el N-grudo Extra Pegote. Entonces estiró de nuevo la boca, pero hacia abajo, en señal de alarma. Luego elevó sus cejas mientras intentaba con todas

sus fuerzas separar sus mandíbulas, al mismo tiempo que daba saltos de desesperación por toda la pieza.

—¡Mmm! ¡Mmm! —algo quería chillar, probablemente «¡Auxilio!» o quizás algo así como «¡Bríndame asistencia, mi Roño resoluto!».

El señor Guácatela actuó raudo y tomó un cuchillo que hacía días se había adherido magnéticamente al cuerpo de Toxina. Con el filo fue cortando más o menos por donde él creía que iba la boca.

—¿Estás bien, mi Toxi contorsionada?

—¡Ay, sí, qué susto más grande! ¡Gracias, mi Roño machetero!

—¿Sientes algo distinto?

—Sí, en mi boca... ¡tengo dientes!

—Yo te los puse. La Mascota me ayudó a encontrarlos —dijo, y la Mascota asintió desde entre el enredo de pelos.

—¡Ay, mi Roño consentidor! ¡Te quiero tanto! —lo abrazó—. Ahora quiero verme. ¿Podrías traer un espejo del Basura-Mercado? —pidió entusiasmada.



—Emm... muy bien —dijo el señor Guácatela mirando para los lados, pensando, inventando—. ¿Sabes? Creo que falta el toque final para que quede perfecto, así que voy a traer un par de cosas más.

—Está bien, mi Roño estilista, tú mandas.

Roñoso bajó corriendo con ímpetu y recolectó los materiales que necesitaba: un espejo borroso, aerosol rojo, una cartulina y unas tijeras.

La señora Guácatela se sentó junto a la ventana para quedar iluminada y para que las salchichas pudiesen mirar y opinar acerca de su nueva apariencia.

El señor Guácatela demostró ser un ocurrente maquillador: plegó la cartulina en dos y luego recortó con las tijeras el borde doblado, siguiendo una curva, de modo que al volver a abrir la hoja quedó una hechura similar al contorno de unos labios.

Le puso la cartulina sobre la cara a su señora, ubicando la perforación justo

encima de la boca y luego le aplicó una buena cantidad de aerosol colorado. Finalmente retiró el papel revelando su obra.

—¡Bravo! ¡Viva! ¡Enhorabuena, maestro! —aplaudían las salchichas estrellándose unas con otras.

Toxina se contempló en el turbio espejo y declaró:

—¡Qué proeza acentuar mi belleza con estos labios color cereza!

—Todo por ti, mi Toxi rubí. Vine, vi y vencí.

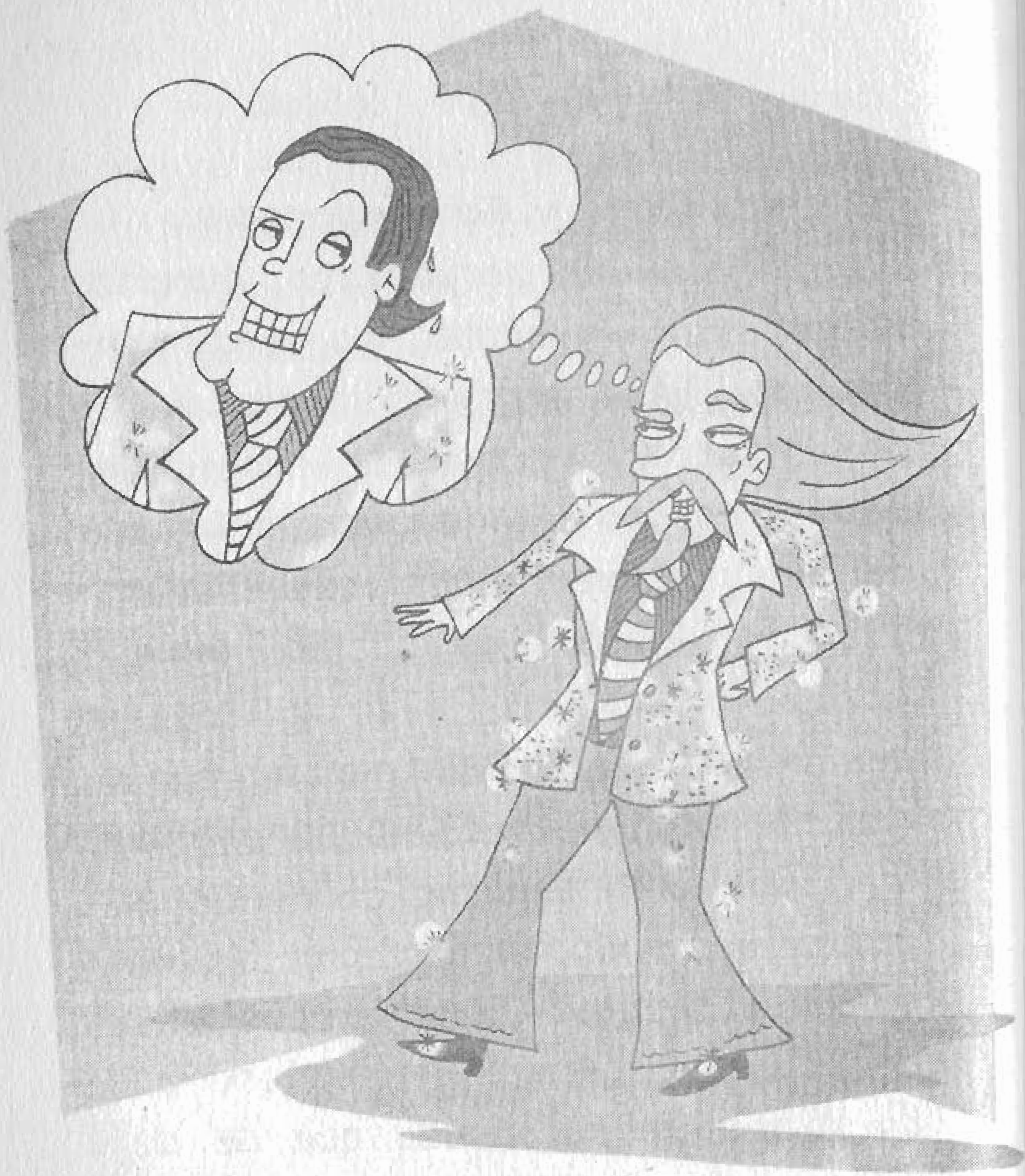
Llega otro correo sospechoso

Mis Toxi y Roño adorados:

No soy un periodista, tampoco un artista; de hecho, no tengo ninguna de las características de un periodista y menos las cualidades de un artista. Soy un famoso animador de infomerciales televisivos. ¡Sí, lo descubrieron! ¡Soy Marrullero Camandulero! ¡Yo fui quien les vendió su Ab-Dominación y además les regalé el cloro por un año!

Quisiera tenerlos como invitados en mi programa por ser mis mejores clientes. Llevaré puesto mi centelleante traje y una fina barba plateada y puntuda que me dejé crecer. Es el último grito de la moda, algo así como ¡AAARRHHHGGGHHH!

Nunca se me ha pasado siquiera



por la mente tener un labo con probetas, pipetas, desmateria-lizadores de partículas ni reactores energéticos. Les confieso un secreto: soy un poco lampiño, pero eso no me acompleja. Es más, jamás, jamás se me ocurriría molestar a alguien con poco pelo. Tampoco confundiría una salchicha guardiana, que son muy escasas y peculiares, con un perro salchicha común y silvestre.

¡Nos divertiremos a mares!

Calurosamente,

Marrullero Camandulero, Rey de los Infomerciales.

Cuando terminaron de leer el mensaje del animador de televisión, los Guácatela se miraron confundidos y estuvieron a punto de caer en la tentación de aceptar la invitación. ¡Pero no!

Respondieron:

Tú, Marrullero adornado:

Gracias por el cloro de regalo, nos ha servido mucho. Vemos siempre tu programa. Apreciamos tu respeto

hacia la gente capilarmente desafiada y te elogiamos por ser un conocedor de las cecinas amaestradas.

Puedes ahogarte en tu diversión, porque nosotros no iremos ni por si acaso a tu espectáculo. Y si quieres venir a buscarnos, nuestras salchichas y la Mascota te cocinarán a las brasas y harán instrumentos musicales con tus huesos.

Frescamente,

Los Guácatela, Emperadores de la Inmundicia.

Después de escribir la carta, se rieron a carcajadas, tanto que los colmillos de Toxina se clavaron en sus labios inferiores.

Toxi y su olfato para los negocios

Desde que desalojaran a los Cardinales, la señora Guácatela había estado reflexionando acerca de lo maravilloso que era el poder de sus punes. Se imaginó que también servirían para ahuyentar a Tergi Verso, el periodista; a Cándido Mameluco, el artista; y hasta a Marrullero Camandulero, el Rey de los Infomerciales. Pensando y pensando se le ocurrió una idea sobresaliente: ¡verderlos!

A partir de ese momento, cada noche realizó el siguiente ritual: le ponía el sopapo en el trasero a Roñoso y también se lo pegaba ella. En el extremo de las mangueras enchufaba un bidón vacío, de aquellos hechos de vidrio grueso y con capacidad para veinte litros que había ganado por la compra de Ab-Dominación. Allí quedaban envasadas las vento-

sidades nocturnas. Por la mañana desconectaba el recipiente y rápidamente lo tapaba para que no se fugase ni una molécula de gas. Repetía este procedimiento hasta que el frasco estuviese repleto de elixir, a punto de reventar. Luego lo etiquetaba anotando la fecha, por ejemplo:

Cosecha del 24 de junio, un domingo inolvidable.

Su intención era ofrecer el producto como Repelente Enlatado para Latosos. Acumuló varios botellones que guardó entre los escombros del primer piso.

Una noche de luna nueva, es decir, cuando es invisible por estar enteramente sombría, Roñoso le preguntó a Toxina:

—¿Qué tanto alboroto siento que has hecho estos días en el primer piso, mi Toxi estrepitosa?

—Si quieres puedes bajar a ver por ti mismo.

—Pero me da susto la oscuridad.

—Bueno, puedes llevar una de mis

velas. Hay varias nuevas en el velador, porque ayer me depilé —sugirió.

—¡Eso es justo lo que necesito! ¡Gracias, mi Toxi lumbrera!

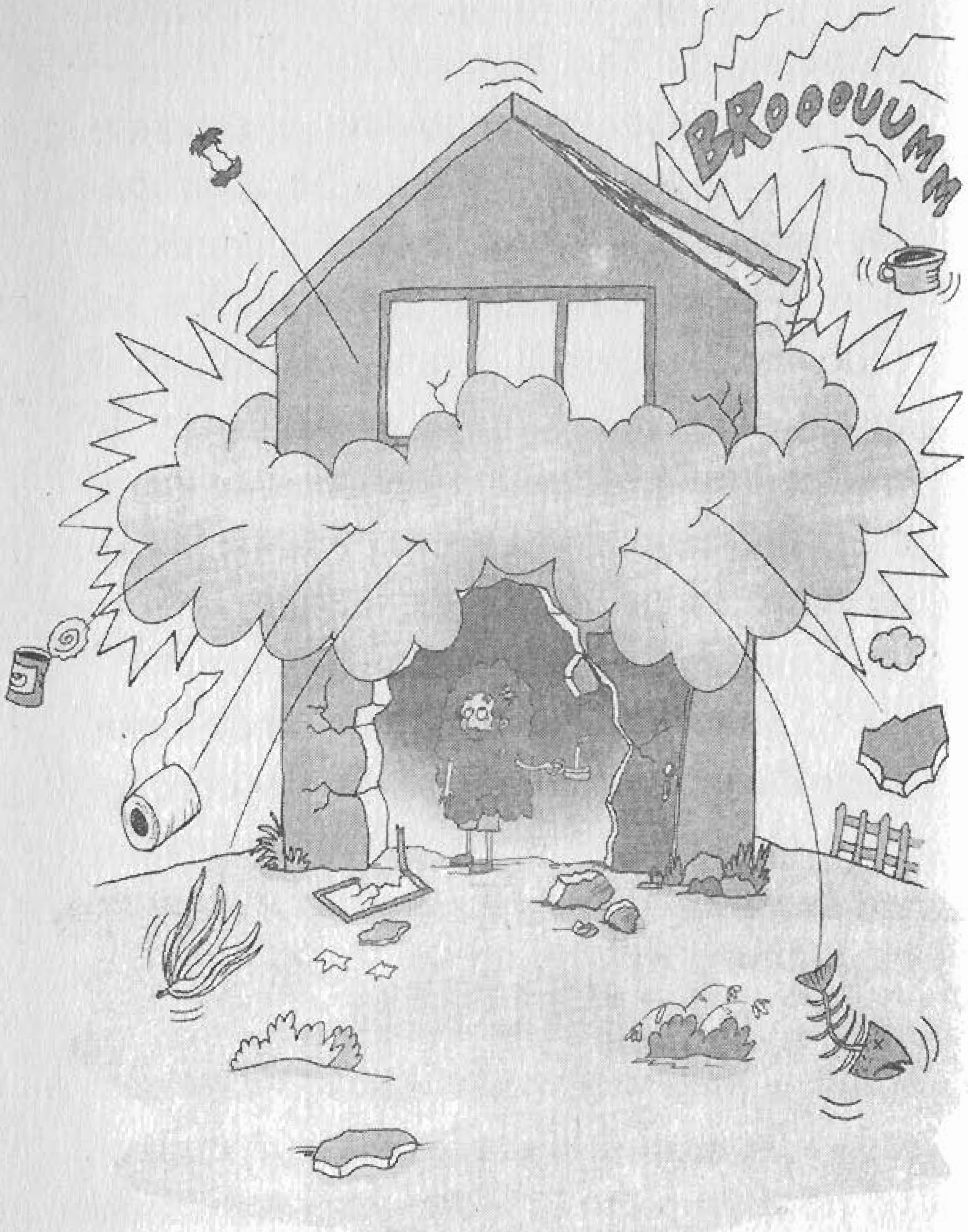
Bajó por los escalones, iluminando el camino con la flama. Se abrió paso excavando hasta hallar el rincón donde se encontraban almacenados los bidones. Se asomó y se asombró al ver que tenían luz propia, una especie de núcleo fosforescente morado, que parecía palpitar y emitía un murmullo como de electricidad.

—Qué lindo —susurró.

Se acercó al más fulgurante de todos y tiró con fuerza del tapón de corcho. Con el entusiasmo, había olvidado apagar la vela.

¡¡BUM!!

Retumbó la explosión que destruyó por completo la planta baja, y cuando decimos «destruyó por completo» nos referimos a que desapareció, no quedó



nada. La parte superior estuvo suspendida en el aire un par de segundos y luego se desplomó. De este modo la casa quedó de un solo piso.

Roñoso estaba todo negro, tiznado y un poco achicharrado, pero todavía de pie y con la vela encendida en la mano. Había atravesado el suelo del dormitorio donde estaba recostada Toxina. Instantáneamente se encontraron en la misma pieza.

—¿Qué fue eso? —preguntó aterrorizado el señor Guácatela.

—Ah, eh, fue una idea que se me ocurrió para redecorar nuestra vivienda. Hacía falta algo más moderno, ¿no crees tú, mi Roño chamuscado? Ahora ya no necesitamos usar más la escala, y además aprovechamos de despejar el primer piso.

—¿Despejarlo? Pero si ya no existe.

—¡Exactamente, mi Roño perspicaz!

No pueden creer lo que sus ojos ven

Lo que ocurrió la mañana siguiente fue un acontecimiento que los Guácatela no tenían presupuestado.

Esta vez se sentaron los dos frente al computador a revisar sus jugosas ganancias, a eliminar los mensajes dirigidos a Lucy la niña muy, muy enferma, y a leer su propia correspondencia.

No pudieron creer lo que sus ojos veían.

—¡No puedo creer lo que mis ojos ven! —exclamó Roñoso.

—¡Yo menos, porque no veo nada! —gritó Toxina.

—Ay, Toxi, Toxi. Es por tu conjuntivitis, déjame despegar tus párpados.

Hurgó en su cabeza hasta que encontró a la Mascota y la acercó a los ojos de su señora.

—Límpiele la cara a la mamá.

La pequeña bestia sacó su lengua y lamió todo el rostro de la señora Guácatela, igual que un cachorro regalón con su amo.

—¡Ahora sí! ¡Oh, ahora tampoco puedo creer lo que mis ojos ven!

Se asustaron tanto con lo que decía el mensaje, que lo tuvieron que leer abrazados y en voz alta, los dos al mismo tiempo.

Este es el escalofriante correo que les había llegado:

Hola, soy Lucy, una niña que antes estaba muy, muy enferma, y tenía muchas enfermedades diferentes, todas incurables. Gracias a la maravillosa campaña solidaria realizada por ustedes y a las grandes corporaciones transnacionales de alimentos y también de computación, es que ahora puedo contarles que los doctores me operaron de todo y estoy completamente sana y rehabilitada.

Mañana en la tarde VOY a ir a

su casa piloto en avenida Reino de las Moneras, condominio Lo Barato, cuesta Caro, a expresarles mi agradecimiento y cariño por haber sido los autores de esta fantástica obra, sin la cual ya estaría muy muerta hace rato. Ciertamente aprovecharé de recoger la fortuna que se juntó con los aportes de todos los crédulos que cooperaron, cada uno con su «humilde granito de arena». No es que quiera usar esos millones para construir el laboratorio de experimentación científica más avanzado del mundo porque he descubierto una nueva fuente de energía. No, nada que ver.

Les aviso que iré vestida con ropa de niña nacida en el país más subdesarrollado del mundo y me pondré una peluca, perdón, me haré chapes. No se asusten cuando vean que tengo una fina barba puntuda descolorida; era una de mis enfermedades, pero me pareció tan elegante

y original que les pedí a los doctores que me la dejaran.

Meteóricamente,

Lucy, la ex-niña muy, muy enferma.

Los Guácatela estaban paralizados, paralogizados y paralelos.

—¿Pero cómo pudo pasar esto, mi Roño embaucador? ¿Acaso no eres tú quien escribe las cartas a nombre de Lucy?

—Sí, eso creía yo. No entiendo. ¿Qué vamos a hacer?

—Supongo que decirle a nuestras mascotas: «¡Mascotas! ¡Ataquen!».

—Pero, mi Toxi bárbara, ¿y qué pasa si después vienen las grandes compañías de alimentos y también de computación?

—¡Qué importa! ¿Acaso no obtenemos todos nuestros grupos alimenticios del vertedero?

—Verdadero.

—Y con respecto a tu computador, si recuerdo bien, todos los programas que tienes instalados son virus, ¿cierto?

—Certero.

—Entonces no tenemos nada de qué preocuparnos.

—Tienes razón, mi Toxi tautológica. En todo caso, ya se me ocurrió un plan para enfrentar a esta niña mañosa.

Los Guácatela pasaron una noche sobresaltada. Saltada sobre la cama específicamente, ya que Toxina se despertó bruscamente varias veces por lo nerviosa que estaba, y como tenía calugas fortachonas, hacía piruetas y volteretas por los aires.

Sorprendidos por la ciencia-ficción

Las condiciones ambientales de la tarde eran las óptimas para que se produjera el fenómeno. Y, a ciencia cierta, fue fenomenal.

—¡He llegado! ¡Soy Lucy, la niña que antes estaba muy, muy enferma! ¡Salgan a recibirme! ¡Quiero verlos!

Quien recién había hablado se quedó de pie en medio de la calle solitaria esperando. Lentamente, con cautela, emergieron los Guácatela.

—Hola, Lucy, niña que antes estabas muy, muy enferma —le dio la bienvenida Roñoso.

Toxina no abrió la boca, pero saludó agachando la cabeza.

—¡QUÉ! ¡Qué les pasó! ¡Por qué están así!

—¿Así cómo? —preguntó descon-



certado el señor Guácatela y miró a su señora. Ella lo miró de vuelta. Se miraron de arriba a abajo, sin encontrar nada raro—. Nos vemos de lo más normal —agregó.

—¡Ciertamente! ¡Están normales! ¿Por qué?

En efecto, durante la mañana, los Guácatela se habían duchado, peinado y virutillado. Incluso lavaron su ropa y lustraron sus zapatos. Toxina amarró su cabello con alambre de púas y lo tiñó con petróleo que trajo del Basura-Mercado, así consiguió un brillante y seboso negro azabache. Roñoso se afeitó la barba, mejor dicho se rasuró las patillas. También se cortó la melena y se sacó los pelos de la nariz con un alicate.

—Pero qué niña tan ordinaria —dijo la señora Guácatela, evitando que se le asomasen los colmillos.

—Sí, y tan gritona.

—Es una irrespetuosa.

—Y su barba puntuda no es tan fina que digamos.

Ese último comentario enfureció a

la visita y en un solo movimiento se quitó el disfraz de Lucy, la niña que nunca estuvo muy, muy enferma porque nunca fue real.

—¡Miren! ¡No soy una niña! ¡Soy un científico!

—En verdad eras un poco grande y fea para ser niña, pero no te lo habíamos querido decir para no hacerte sentir mal.

—¡Sépanlo, familia Guácatela: mi nombre es Bacilo Hipotético Sofista! ¡Yo soy quien me hice pasar por Especialista en Salud Ambiental para echar a los Cardinales! ¡Yo autoricé la construcción de la planta procesadora de desechos tóxicos Pata de Cabra y del basural! ¡Yo les escribí, con tanto esfuerzo, las cartas a nombre de Tergi Verso, el periodista; de Cándido Mameluco, el artista; también de Marrullero Camandulero, Rey de los Infomerciales; y por supuesto la de Lucy, la niña supuestamente muy, muy enferma, que fue la que mejor me quedó!

—La de Lucy me la copiaste —aclaró Roño.

—¡Ahhh! —gritó el científico y se puso a patalear y zapatear.

—Tranquilo, Bacilo. No te exaltes. Te ves muy mal haciendo un berrinche —dijo Toxina.

El pobre intelectual se sintió muy deprimido. Le dieron ganas de llorar.

—¡Y ciertamente mi barba es la más fina y puntuda de toda la comunidad científica!

En ese momento aparecieron un montón de otros científicos, de atrás de los pocos árboles que sobrevivían en el condominio Lo Barato. Todos tenían puesto delantal blanco y lucían barbas puntudas en mejor estado que la del profesor Hipotético Sofista.

—¿Y para esto nos hizo venir? —increparon a Bacilo—. ¡Qué vergüenza! ¡Es un escándalo, un engaño y una cabeza de pescado! Usted nos prometió extravagantes especímenes, ¡y mire, son simplemente un feliz matrimonio!

Dicho esto, se fueron indignados.

—Mira, tus amigos se están yendo.



—¡No son mis amigos! ¡No tengo amigos! —reventó en llanto—. Yo lo único que quería era demostrarles que ustedes existían, y además probar que el poder de sus gases puede utilizarse como fuente de energía inagotable. Sería la solución para el mundo entero. ¡Y ahora nadie me creerá! ¡Y eso que le puse tanto empeño! ¡Me disfracé de periodista, de artista, de animador de televisión y hasta de niña muy, muy enferma! ¡Y lo peor de todo: pintarrajeé tanto mi fina barba puntuda, que ahora está toda maltratada, fea y con las puntas partidas!

Los Guácatela se quedaron callados y se miraron con esa mirada tan romántica que los caracterizaba. Luego conversaron sobre el asunto:

—En realidad, este genio loco huele bastante mal —dijo Roñoso.

—Es porque trabajo con productos químicos pestilentes.

—Sí, y se nota que usa placa dental —agregó Toxina.

—Ciertamente eso es porque estoy

día y noche haciendo experimentos, no tengo tiempo para lavarme los dientes.

Nuevamente los Guácatela se miraron entre ellos.

—¿Qué dices tú, mi Roño humanitario? ¿Qué es lo que debemos hacer?

—¿Qué digo yo? Bueno, la verdad no es sólo aquello que se puede ver u oler.

¿Y qué pasó al final?

Ahora que ya conociste la historia de Toxina de la Ponzoña Icorosa, señora de Guácatela, y de Sórdido Roñoso Guácatela, podrás formarte tu propia opinión. ¿Eran buenos, malos? ¿Tramposos, solidarios? Eso lo decides tú, pero te podemos contar que desde que adoptaron al científico, la forma de vida de este feliz e insano matrimonio ha evolucionado satisfactoriamente.

Con el platal de Lucy se compraron la planta de desechos tóxicos Pata de Cabra y el basural, y los rebautizaron con el nombre de Conglomerado Basural Segunda Patita.

El profesor Hipotético Sofista trasladó su laboratorio a su nuevo hogar. Ensambló las mangueras del arma secreta a una máquina construida especialmente

por él mismo. Allí se acumulaban los punes, es decir, era una especie de pila a gas. Con ella se abastecieron de energía para siempre.

Cada atardecer, Bacilo pasea a las salchichas y les da de comer. Incluso la Mascota le tomó cariño y hasta ahora no se lo ha comido.

En agradecimiento por haberlo acogido, les dio un regalo a cada uno de los Guácatela. A Roñoso le obsequió una pomada para hacer crecer pelo. El señor Guácatela se la aplicó en todo el cuerpo y en unos pocos minutos parecía un oso de peluche. Para Toxina fabricó un aparato que succionaba los nutrientes directamente del Basura-Mercado, luego recorrían una larga tubería, para al fin salir en la cocina de la casa en forma de... ¡salchichas!

Don Destala Plata perdió toda su fortuna y se puso a pedir limosna en una esquina, en donde conoció al verdadero Marrullero Camandulero, que ya no era famoso y también quería mendigar. Se les

ocurrió dedicarse al montañismo y recorrer juntos la Cordillera de los Andes desde el norte hasta el extremo sur. Una decisión extraña, pero cada cual con lo suyo.

En fin, podemos decir que los Guácatela y su nuevo protegido vivieron felices comiendo lombrices y otras cochinadas. Se entretenían de muchas formas, pero lo que más les gustaba era ver televisión en familia.

—¡Baci! ¡Apúrate porque ya va a empezar el nuevo infomercial!

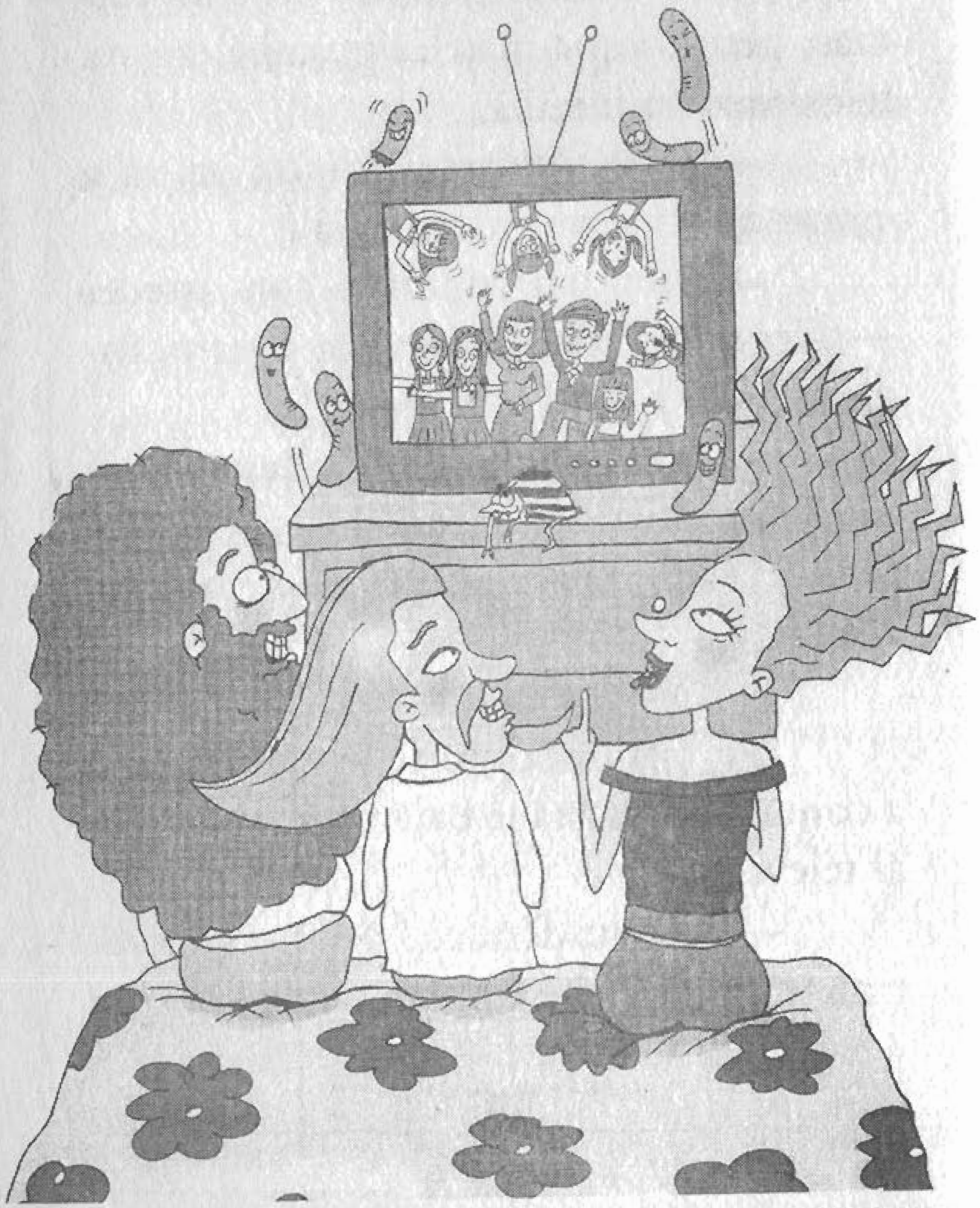
—Estoy tan contento con ustedes —dijo el hombre de ciencia acurrucándose entre Toxina y Roñoso.

—Nosotros también, nuestro Baci catedrático —se miraron y luego le dijeron—: Baci, hay algo que queremos revelarte.

—Ciertamente, los escucho.

Era tan importante lo que le iban a contar, que hasta le bajaron el volumen al televisor.

—Baci académico, teórico y experimental: tu fina barba puntuda siempre



nos ha parecido sensacional. Es la más linda de toda la comunidad científica, tal como tú lo dices... hijo.

A Bacilo se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Gracias! ¡Gracias, mamá! ¡Gracias, papá!

Justo entonces comenzó el infomercial que reemplazaba al de Ab-Dominación. Subieron el sonido al máximo y escucharon alegremente la canción:

¡Este es su nuevo infomercial!
¡Se trata de algo sensacional!
¡Usarlo siempre es fundamental!
¡Lo presenta una pandilla genial!
¡Venimos saliendo del hospital!
¿Quiénes seremos, en este estado mental?
¡Por supuesto, la familia Cardinal!
¡Este, oeste, sur o norte!
¡Llama ya y danos tu aporte!
¡Volvemos luego de este corte!

Y bailando se fueron a comerciales. Los Guácatela y Bacilo quedaron pasmados. La Mascota, mansa. Las sal-

chichas, lelas.

—Es el mejor infomercial que he visto en toda mi vida —dijo Roñoso.

—Estoy de acuerdo, mi Roño Roñoso. Me encantaría tener de vecinos a esa familia tan simpática —añadió Toxina.

Hubo un largo silencio. De pronto Furúnculo, la salchicha más pequeña, comenzó a reírse. Lo siguieron las demás cecinas. A todos se les contagió la risa y pronto estaban revolcándose a carcajadas. Tanta risa y tanto revuelco provocó que se les escaparan algunos gases posteriores, y eso les hizo más gracia aún, por lo que decidieron jugar toda la noche a la guerra de punes.

Guácatela.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2005, en los talleres de Quebecor World Chile S. A., ubicados en Pajaritos 6920, Santiago de Chile.